La Castell d'Ambra (Pego). De las producciones andalusíes a las cerámicas de la conquista feudal (siglo XIII)

Rafael Azuar *
Javier Martí **
Josefa Pascual **

El análisis de las transformaciones acaecidas en el poblamiento entre época islámica y feudal, y más en concreto entre el período almohade y la primera etapa cristiana, constituye el principal motor del proyecto de investigación arqueológica que en codirección con J. Torró estamos llevando a cabo en la comarca de la Marina Alta (Alicante) desde 1992. El proyecto trata de identificar las pautas de asentamiento y explotación del territorio desarrolladas por ambas formaciones sociales a partir de la impronta dejada por las mismas en el paisaje, para lo cual se ha desarrollado una actividad pluridisciplinar en la que se combina el análisis de las fuentes documentales con la prospección sistemática del territorio y la excavación arqueológica. Para esta última se escogió el enclave del castillo de Ambra, en el municipio de Pego, el cual se presentaba *a priori* como un buen ejemplo de asentamiento castral andalusí reutilizado tras la conquista. La excavación en el mismo comenzó en 1993 y en el presente año se ha realizado la quinta, y seguramente última campaña.

El castillo ocupa la plataforma superior de la peña de Ambra, una muela adelantada al pie de las estribaciones que cierran el valle de Pego por el W., de perfil muy abrupto en su cara oriental y en declive suave por la occidental, donde encontramos las estructuras castrales. La fortificación tiene una planta acusadamente alargada y se desarrolla en varios niveles, adaptándose a la orografía del terreno (Fig. 2) (AZUAR, 1989; BAZZANA, 1992). Presenta un complejo sistema defensivo, con una muralla jalonada de torres cuadradas, precedida por un antemural en el que se abren lanceras a distancias regulares. Entre ambos muros discurre el camino de acceso a la fortificación, que se inicia tras un portillo en recodo abierto al oeste y concluye, tras recorrer buena parte de la misma, ante una plataforma sobre la que se asienta una sólida puerta en corredor.

En el interior del recinto eran visibles al comienzo de los trabajos numerosos muros, identificados como estructuras domésticas. Ello nos llevó a barajar la hipótesis de que nos encontrábamos ante un poblado fortificado estable, semejante a los existentes en el valle del Vinalopó en época almohade, como es el caso de Aspe (AZUAR et alii, 1994).

La intervención arqueológica, sin embargo, ha refutado por completo esta hipótesis, ya que tanto los materiales cerámicos hallados como las monedas halladas reafirman la tardía y corta ocupación islámica del castillo. Así, en el nivel de fundación del castillo, por debajo de los estratos cristiano-feudales hallamos un semidirhem que, según el estudio de C. Domenech, fue acuñado bajo el reinado independiente de Ibn Hud al-Mutawaqil entre los años 1228-1238. Esta moneda se completa con otra hallada en el

* Museo Arqueológico Provincial de Alicante.
** Servicio de Investigación Arqueológica Municipal. Ayuntamiento de Valencia.

yacimiento acuñada por el otro soberano Hudí, Al-Watiq, y con una cronología de los años 1262-1266 (NAVARRO OLTRA, 1992). El ámbito cronológico de estas piezas y la aparición de la primera en contexto y por debajo de la intervención feudal, confirman la cronología tardía del asentamiento, casi coetánea a la conquista feudal del Sharq al-Andalus y con un final en el ecuador del siglo XIII (AZUAR, 1989).

La construcción del castillo, como se ha documentado, se llevó a cabo en el segundo cuarto del siglo XIII, muy probablemente como respuesta a la inminente conquista feudal. No es por tanto un asentamiento estable, sino más bien una fortificación de defensa temporal que permitiría a la población campesina una posición de fuerza para negociar con los conquistadores feudales una rendición honrosa que les asegurara el mantenimiento de sus posesiones, leyes y religión. El castillo sirvió de refugio a los habitantes de las alquerías, para los cuales se construyeron pequeñas dependencias domésticas en el interior del recinto, estancias de apenas 20 m^2, adosadas unas a otras a lo largo de varios ejes longitudinales.

La ocupación cristiana del castillo fue también muy breve. La conquista debió producirse en 1245, poco después de la rendición de la ciudad de Denia, pero el enclave volvió a caer en manos musulmanas dos años después, a consecuencia de la inestabilidad que vivió la región hasta 1258 (BAÑÓ, 1981). A partir de esta fecha se estableció una pequeña guarnición estable "*pro custodia castri*", la cual no superó en ningún momento los diez peones. Tan sólo durante la revuelta mudéjar de 1276-77 se aumentó la dotación de peones, momento en el que se debió alcanzar la mayor ocupación del castillo. A la conclusión del conflicto, Pere III concedió en 1279 carta de población sobre el valle de Pego (CHABÀS, 1886-1887, 327-328; GUINOT, 1991, nº 192, 386-8), con la instrucción explícita a los colonos de erigir una nueva villa en el llano, decisión que supone un evidente cambio en la política de control del territorio al hacer responsables del mismo a los nuevos pobladores, e implica el principio del fin de la fortaleza de Ambra. Si bien la villa no llegó a configurarse por completo hasta finales de siglo (exigiendo incluso la promulgación de una segunda carta puebla en 1286, en condiciones más favorables), la expulsión en 1280 de buena parte de la población andalusí del valle (TORRÓ, 1988-9: p. 107-108) conjuró definitivamente cualquier amenaza que pudiera venir por este lado e hizo innecesario el mantenimiento de la guarnición del castillo, el cual, a la vista de los datos arqueológicos, es abandonado y desmantelado.

La instalación en el castillo de Ambra de la guarnición cristiana se constata arqueológicamente por una fase de reocupación de las estructuras anteriores y por la construcción de otras nuevas, en particular una pequeña ermita erigida ante la puerta de ingreso y una fragua frente a la misma. En los niveles de abandono se ha localizado un buen número de ejemplares de moneda de vellón de Jaime I, con ceca de Valencia y con una cronología de fines del siglo XIII.

Así pues, nos encontramos ante un castillo con una vida muy corta, singularmente circunscrita al periodo comprendido entre 1230-40 y 1280-90, con una fase de ocupación islámica y otra feudal. Dejando de lado las cuestiones castellológicas y las implicaciones que en el análisis del poblamiento suscitan tales datos –aspectos que requieren y tendrán un estudio minucioso–, el análisis del registro material cerámico tiene relevancia dado que testimonia con claridad el tránsito entre ambos horizontes culturales, poniendo de manifiesto las pautas de consumo y los canales de distribución de este tipo de productos para cada período, así como los préstamos e intercambios, las rupturas y las continuidades de una sociedad a otra. Por otra parte, el rápido y temprano abandono de la fortificación (anterior al 1280) permite abordar el estudio de las producciones feudales de primera época, las cuales están a salvo de cualquier contaminación con materiales de cronología posterior, lo que proporciona una sólida aproximación al repertorio cerámico de la segunda mitad del siglo XIII.

Presentamos de forma independiente el repertorio formal identificado en los niveles tardo-andalusíes del registro cerámico asociado a la guarnición cristiana, para abordar posteriormente el análisis de los cambios y continui-

dades que se hacen patentes entre ambos, así como las conclusiones que de ello se derivan.

El repertorio cerámico tardo-andalusí

El material cerámico del castillo de Ambra se halla en estado muy fragmentario, de forma que raramente se han podido reconstruir piezas enteras, sino todo lo más sus perfiles. No obstante, dado el buen conocimiento que actualmente tenemos del repertorio de época almohade y post-almohade no ha sido difícil su identificación. Cabe decir que sorprende, dadas las características del asentamiento, la diversidad tipológica, muy semejante a la que pudiéramos encontrar en contextos urbanos para momentos coetáneos, si bien en un volumen mucho menor.

Por lo que respecta a las cerámicas asociadas a la cocción de alimentos, la olla más frecuente coincide con el tipo de cuerpo globular alargado y acanalado en su parte superior, con cuello alto y borde ligeramente inclinado al exterior, vidriada o sin vidriar por el interior (Fig. 3.1). Se trata de un modelo ampliamente difundido, con variantes locales en las que cambia la altura de la pieza o la forma del borde. Los ejemplares hallados en Ambra coinciden con los que aparecen en casi todos los yacimientos de esta cronología estudiados en el área valenciano-alicantina, de marcadas variantes meridionales (AZUAR et alii, 1995: p. 141, f. I.1; AZUAR et alii, 1994: p. 104)

Junto a este tipo, pero en una proporción mucho menor, se ha documentado una forma más pequeña, de base plana, con el cuerpo globular achatado, sin cuello, y con el borde ligeramente exvasado y el labio recto con una pequeña escotadura como para insertar una tapadera. Está vidriada al interior con barniz melado o marrón (Fig. 3.2). Piezas de estas características se encuentran representadas en la ciudad de Valencia (COLL, MARTÍ, PASCUAL, 1988: p. 23, f. 9), si bien los paralelos más inmediatos remiten al alfar de Denia (GISBERT, BURGUERA, BOLUFER, 1992: pp. 86-87, Olla tipo II-1), de donde muy probablemente procedan. Junto a ellas aparecen otras piezas con idéntico perfil pero vidriadas al exterior en blanco y decoradas con ovas en verde, lo que impide considerarlas como ollas, debiéndolas enclavar preferentemente en el repertorio de vajilla de mesa.

De forma esporádica aparece un tercer tipo de olla, semejante al anterior en su mitad inferior si bien de mucho mayor tamaño, y rematado con cuello cilíndrico y borde vuelto al exterior (Fig. 3.3), variante representada en la ciudad de Valencia (COLL, MARTÍ, PASCUAL, 1988: p. 23, f. 11).

Por lo que se refiere a las cazuelas, el tipo más frecuente presenta base convexa, con una característica carena que marca la unión con el cuerpo, el cual es cilíndrico y acaba en un borde bífido al interior como para encajar una tapadera; muestra dos asas de cinta verticales bastante desarrolladas y está vidriado en marrón por el interior (Fig. 3.5). Se trata asimismo de una forma ampliamente representada en el área valenciana (AZUAR et alii, 1995: p. 141, f. I.8; AZUAR et alii, 1994: pp. 78-79).

Otra forma de cazuela que aparece en el yacimiento, aunque en menor proporción, es de base convexa, con carena marcada en la unión con el cuerpo, paredes ligeramente curvas y borde señalado por un estrangulamiento en la pared, con el labio inclinado al interior. Las asas, a diferencia de las anteriores, son simples apéndices verticales completamente pegados a las paredes (Fig. 3.4). Las superficies presentan vidriado interior marrón con goterones que desbordan al exterior. Los paralelos más inmediatos remiten a la ciudad de Murcia, donde aparecen ejemplares semejantes de cronología coetánea (NAVARRO, 1986: p. 284, f. 611).

En lo referente a los anafes, predomina el tipo bitroncocónico de doble cámara (Fig. 3.6), entre los cuales, como es sabido, cabe una gran variedad de matices atendiendo a la forma de la parrilla, del cenicero, o a los elementos de prensión o de suspensión de la marmita, variantes en las que no nos es posible entrar a partir de nuestro material dado su elevado grado de fragmentación (AZUAR et alii, 1995: p. 141, f. I.12). Junto a este tipo, aparecen otras piezas de forma acampanada y borde bífido, que tal vez cabría identificar como atanores (Fig. 3.7).

Dentro del grupo de las tapaderas, la forma más representada es la de cazoleta y apéndice central, con el ala más o menos desarrollada. Están ausentes, probablemente por deficiencia del registro, las típicas tapaderas de perfil convexo y pedúnculo central, diseñadas para ajustar en las cazuelas de borde bífido (COLL, MARTÍ, PASCUAL, 1988: p. 26, f. 16).

En el ámbito de la vajilla, cabría tratar primeramente de los ataifores y jofainas (Fig. 4). Por lo que respecta a los primeros, en el castillo de Ambra encontramos una amplia representación de los dos grandes tipos de época almohade, esto es, el de perfil curvo y el de pared carenada. Estos últimos muestran paredes rectilíneas o ligeramente curvas, muy desarrolladas, quebradas en su tercio superior para proseguir en vertical hasta el borde, ligeramente engrosado al exterior. Están vidriados en verde o blanco. Sus paralelos son numerosos en toda el área valenciana y murciana (AZUAR et alii, 1995: p. 142), pero las semejanzas más directas se establecen con los prototipos dianenses, en particular con el ataifor II-2 (GISBERT, BURGUERA, BOLUFER, 1992: pp. 90). En lo referente a los tipos de paredes curvas, cabe distinguir dos variantes: por un lado tenemos los de borde recto, con labio progresivamente adelgazado, semejante al tipo III b propuesto por G. Rosselló-Bordoy (1983), si bien los ejemplares hallados, al igual que sucede con la mayoría de los valencianos, son de mayor altura que los mallorquines y están vidriados en color blanco. Por otro lado están aquellos que presentan labio de sección triangular, algo mayores que los anteriores y vidriados preferentemente en turquesa, tipo bien caracterizado en el alfar de Denia. Cabe destacar la ausencia de ataifores de ala corta vidriados en blanco, un tipo de pequeñas dimensiones, casi un plato, que es habitual en el repertorio tardo-andalusí, en particular en yacimientos como Valencia o Denia, y que, sin embargo, no hemos encontrado en los niveles andalusíes de nuestro castillo.

Por lo que respecta a las jofainas, son siempre de paredes curvas, estableciéndose las diferencias entre los tipos a partir de la forma y tamaño de la base o a partir del color de las cubiertas. Hay algunos ejemplares con acanaladuras en el arranque de las paredes, que nos acercan a prototipos del área murciana (NAVARRO, 1986: p.e. f. 487,), aunque dentro de la serie son minoritarios. La mayoría presentan paredes lisas y anillo de solero de reducido diámetro (en torno a 35 mm), y por lo general muestran cubiertas blancas en ambas caras y, más raramente, verdes, turquesas o meladas.

Las jarritas muestran la diversidad de repertorio que es habitual para la serie en este momento y, aunque no llegan a la variedad formal que encontramos en contextos urbanos, sí presentan varios tipos bien diferenciados (Fig. 4). El más abundante, con absoluta mayoría, es el de base plana o ligeramente convexa, con una característica moldura en la unión con las paredes, cuerpo abombado y cuello cilíndrico acabado en labio adelgazado, con dos asas robustas; existen variedades regionales en toda el área valenciana (AZUAR et alii, 1995), con hombro más o menos marcado o proporciones diferentes, pero todas ellas están pintadas con trazos en óxido de hierro o manganeso, sin el empleo de ninguna otra técnica decorativa. Se trata de una forma que tuvo gran aceptación en su momento, perviviendo incluso en el repertorio bajomedieval, al menos hasta finales del siglo XIII (COLL, MARTÍ, PASCUAL, 1988: p. 28). Los ejemplares hallados en Ambra proceden sin duda de Denia, ya que coinciden con exactitud con el Tipo I definido en el alfar (GISBERT, BURGUERA, BOLUFER, 1992: p. 82).

En menor medida aparecen las jarritas de base plana simple, dentro de las cuales hemos establecido diferencias tipológicas atendiendo a su tamaño o al tipo de decoración, mereciendo reseñar una producción muy concreta, de paredes por lo general delgadas, bien torneadas y con pastas muy depuradas, que presentan una decoración pintada con trazo muy fino, en rojo o marrón. Ésta se extiende sobre el cuello y hombros de la pieza y se compone de motivos triangulares reticulados o bien círculos punteados en su perímetro, los cuales se combinan con trazos verticales a peine sobre el cuerpo. La producción procede con bastante seguridad de los talleres de Denia (GISBERT, BURGUERA, BOLUFER, 1992: p.101, tipo I-2).

Es de destacar la ausencia casi total en Ambra de cuerdas secas y de esgrafiados, así como de las formas habitualmente asociadas a estas producciones, en particular los tipos Bee y Bff de G. Rosselló-Bordoy (1978: pp. 31-34), quizá por la tardía cronología del yacimiento o, más probablemente, por la propia naturaleza del mismo, ya que estas producciones parecen más ligadas a contextos urbanos.

A diferencia de las anteriores, el jarrito está muy escasamente representado en el yacimiento. Tan sólo se ha identificado un tipo, de cuerpo alargado, casi piriforme, con borde exvasado y asa robusta, sin decoración o, todo lo más, con algún trazo pintado en manganeso; muy característico del período (AZUAR et alii, 1995: p. 142) y bien documentado entre la producción de los alfares de Denia, incluso con diversas variantes (GISBERT, BURGUERA, BOLUFER, 1992: pp. 80).

Escasa es también la presencia de redomas, todas ellas con base plana, simple o con moldura a la manera de las jarritas que veíamos anteriormente, vidriadas en verde o turquesa. Están ausentes, como en el taller de Denia, los tipos con repié plano que vemos, sin embargo, ampliamente difundidos por el área levantina (Fig. 4).

Un grupo propio dentro de la cerámica de vajilla es el conformado por las tapaderas destinadas a encajar sobre ataifores o jofainas. Su forma es la de un casquete hemisférico, con labio bífido para facilitar el ajuste y anillo como elemento de prensión. La presencia en Ambra de ejemplares con estas características, vidriados interior y exteriormente en verde, contrasta aparentemente con el carácter suntuario que parece denotar el tipo.

Por lo que respecta a las series ligadas a la contención de líquidos o áridos, cabe destacar dos tipos de jarras. El primero de ellos corresponde a una pieza de base plana, con el cuerpo elipsoide vertical y el cuello cilíndrico ancho y corto, con decoración pintada a peine con trazos en almagra o marrón sobre las paredes y cuello. El tipo es muy similar al definido en el castillo del Río (Aspe) como Jarra 2.2b (AZUAR et alii, 1994: p. 57), si bien la presencia en Ambra de dos ejemplares con el perfil completo permite precisar la altura propuesta en aquel yacimiento, evidenciándose que son piezas más bajas, con la base mucho más ancha (en torno a 21 cm).

Frente a las anteriores encontramos un segundo tipo de menor tamaño, con el cuello abocinado y el borde quebrado en vertical, de probable producción dianense (tipo II) (GISBERT, BURGUERA, BOLUFER, 1992).

En lo concerniente a los alcadafes (Fig. 4), las piezas recuperadas se corresponden con el tipo genérico, esto es, una forma de base plana, con cuerpo troncocónico corto y borde engrosado al exterior y, en menor medida, al interior; con paredes gruesas y diámetros por encima de los 40 cm. Es difícil apuntar variantes en un tipo como éste, en el que apenas se observan diferencias morfológicas a lo largo del dilatado período de uso, máxime cuando, como sucede con los ejemplares pegolinos, no presentan decoración alguna.

Por último, en cuanto a los candiles (Fig. 4), encontramos en Ambra los dos tipos característicos del periodo, a saber, el de cazoleta y el de pie alto (AZUAR et alii, 1995: p. 143). Estos últimos son todavía de astil corto y cazoleta inferior profunda, y están vidriados en verde oscuro o en turquesa. A su vez, los de cazoleta presentan una pequeña asa dorsal y están vidriados en marrón.

El repertorio cerámico de los niveles feudales

La cerámica encontrada en los niveles cristianos pone de manifiesto que nos hallamos ante un horizonte caracterizado por producciones bizcochadas y vidriadas, pero en el que todavía no están presentes las series decoradas sobre esmalte blanco que definirán la etapa inmediata posterior, características de la baja Edad Media.

En lo referente a los recipientes culinarios, es evidente la irrupción de prototipos nuevos, carentes de tradición local. Esto es particularmente notorio en el caso de las ollas (Fig. 5), en las que hemos distinguido dos grupos, ambos

carentes de vedrío y con el rasgo común de presentar marcados cuellos exvasados, tan cortos que se podrían considerar como el borde mismo, y un perfil que define con claridad una moldura o bisel al interior preparado para soportar una tapadera. Sus cuerpos suelen ser de tendencia globular y no se ha documentado la presencia de asas; respecto a las bases, aunque no se ha identificado ningún fragmento entre los materiales estudiados, por paralelos con formas similares podemos suponer que serían ligeramente convexas. Las diferencias entre los dos grupos identificados se concretan en el tipo de pasta, oxidante en las ollas adscritas al primer grupo y reductora en las otras, así como en la forma del borde, sencillo en las primeras pero sorprendentemente complejo (por lo anacrónico) en las segundas. A mayor abundamiento, los tipos distinguidos son los siguientes:

Olla I: Presenta borde exvasado, labio ligeramente regruesado y cuerpo globular. La pasta es anaranjada, poco compacta, con abundantes restos de caliza y cuarzo, así como partículas de mica dorada, como desgrasante. El diámetro de borde está en torno a 160 mm.

Olla IIA: Tiene borde exvasado, ala corta inclinada al interior, casi plana, y labio biselado. El cuerpo parece ser globular, pero no ha conservado ningún fragmento por debajo del borde. Las superficies son bizcochadas, de color gris, al igual que la pasta, que presenta abundante desgrasante calizo y de cuarzo de pequeño y mediano tamaño. Diámetro de borde en torno a 170 mm.

Olla IIB: Presenta cuello ligeramente exvasado y borde moldurado con labio plano inclinado al interior. Las características de la pasta coinciden con el subtipo anterior. El borde tiene un diámetro aproximado de 130 mm.

Las formas descritas carecen de precedentes en el contexto andalusí previo a la conquista cristiana, y si atendemos a sus rasgos técnicos y morfológicos, es evidente su directa vinculación con las producciones grises catalanas. Es más, la presencia de mica dorada en las ollas del tipo I lleva a pensar en un origen foráneo, planteándose la posibilidad de que sean importaciones venidas del norte.

El tipo I presenta abundantes paralelos en toda el área catalana (RIU, 1986, LEENHARDT et alii, 1993; con carácter general, CERÀMICA GRISA, 1983-84; CERÀMICA MEDIEVAL CATALANA, 1997), donde goza de una amplia difusión entre los siglos XI y XIII, si bien allí está resuelto preferentemente en cocción reductora. Esta producción constituye el precedente de un tipo bien conocido en el repertorio catalán y valenciano del XIV, éste ya vidriado por su interior y preferentemente fabricado en cocción oxidante (AMIGO, et alii, 1986; COLL, MARTÍ, PASCUAL, 1988: p. 24).

Por lo que respecta a las piezas adscritas al tipo II, sus paralelos son más confusos, ya que, si bien no es infrecuente encontrar ollas con bordes moldurados en el repertorio catalán de cerámicas grises del siglo XIII (p. e. LÓPEZ, CAIXAL y FIERRO, 1997: frags. 161-162, 170-171), raramente alcanzan el grado de barroquismo de las aquí mostradas. Las semejanzas más estrechas se establecen con piezas halladas en la ciudad de Tarragona, procedentes del antiguo Hospital de Sta. Clara, y en concreto de un contexto fechado "*a finales del siglo XIII o inicios del XIV (...), previo a la normalización de la vajilla de mesa decorada, en el que comienzan a resaltar las producciones oxidadas y las superficies barnizadas, con los dos tipos de cocción*" (MACÍAS, MENCHON y MUÑOZ, 1997: p. 74 y figs. 10-19). En este contexto aparecen algunas ollas grises con bordes moldurados y con diversos rebajes y concavidades en los labios que se asemejan bastante a las del tipo IIb, si bien, a falta de datos más explícitos, no podemos hacer extensivas las comparaciones a las pastas o los acabados, por lo que parece aventurado sugerir un origen tarraconense para los materiales de Ambra. Es interesante, sin embargo, resaltar la opinión de los autores acerca de que este tipo de labios son característicos del siglo XIII y tienden a desaparecer en la centuria siguiente.

Curiosamente, los paralelos más cercanos para las ollas del tipo II, en ambas variantes, los hallamos en la ciudad de Valencia, en concreto

en la excavación de las Cortes Valencianas, donde apareció un pozo de noria colmatado con abundante material constructivo islámico y cerámica de adscripción cristiana. El conjunto estaba compuesto por ollas grises, algunas de las cuales presentaban bordes de labios complejos como los aquí expuestos junto a vidriados monocromos en tonos verdosos-melados, destacando sus excavadores la ausencia de vajilla decorada (LÓPEZ, MARÍN, MARTÍNEZ, MATAMOROS, 1994: p. 400-402).

Otro paralelo directo con la olla del tipo IIA podemos establecerlo con dos fragmentos hallados en el castillo de Uxó (BAZZANA, CRESSIER, GHICHARD, 1988: p. 253, f. 134), correspondientes a sendas ollitas (grises?) con idéntico perfil y tamaño similar, una de ellas con dos asas desde el borde hasta mitad de la pared. Sus excavadores les dan una cronología de los siglos XIII-XIV, sin mayor concreción.

Respecto a las cazuelas, en los estratos excavados de este momento no se ha encontrado ninguna pieza clasificable como tal. Pudiera explicarse este hecho aludiendo a las características intrínsecas del asentamiento (recordemos, una guarnición militar), pero creemos más probable que se deba a un déficit del registro cerámico o incluso a un problema de interpretación. En este sentido, hay algunas piezas de dudosa adscripción, sin vidriar y con pastas oxidantes, interpretadas como trípodes o cuencos, incluso como tapaderas, que tal vez fueran cazuelas, aunque de ser así no se corresponden con los tipos conocidos para este momento (Fig. 5).

Dentro de las tapaderas, cabe distinguir dos grupos. En primer lugar encontramos la de cazoleta, con ala más o menos desarrollada y asa de pedúnculo o de sección en U, de tradición islámica. Junto a ésta, hace su aparición la tapadera plana, sin asa, un simple disco cerámico probablemente manejado con un cordel, cuyo uso parece ligado a los contenedores del tipo orza o tinaja. Todas ellas carecen de vedrío y denotan una factura sucinta, en ocasiones acusadamente tosca. Partiendo de estas características generales se han distinguido las siguientes variantes (Fig. 9):

Tapadera IA: son piezas de dimensiones reducidas, con base plana, cuerpo troncocónico invertido con acanaladuras exteriores para adaptarse mejor como tapa, y borde en ala corta con labio plano un poco adelgazado; posee pezón central. La pasta es bizcochada, bien decantada y compacta, de color rojizo-ocre, con desgrasante calizo de pequeño tamaño. Sus dimensiones son: diámetro de borde: 110 mm., diámetro de base: 50 mm. y altura: 25 mm. Se trata de una forma preferentemente asociada al repertorio culinario.

Tapadera IB: de base plana, paredes abiertas, ala desarrollada acabada en un borde redondeado y asa central de perfil en U. Presenta pasta de tono ocre, poco compacta, con desgrasante calizo de mediano tamaño y abundantes vacuolas. Su diámetro de borde está en torno a 220 mm.

Tapadera II: forma discoidal plana, con perforación central para pasar un elemento de prensión (probablemente un cordel). Su pasta es ocre, poco compacta, con abundante desgrasante calizo, cuarzo y chamota de tamaño mediano. Su diámetro de borde es de 210 mm y su altura de 10 mm. (Fig. 8)

Los paralelos para la tapadera de cazoleta son muy abundantes, ya que constituye uno de los tipos formales más recurrentes y difundidos, con una tradición que se remonta al menos hasta época califal y una perduración que alcanza casi hasta el presente, sin que se haya sistematizado variantes tipológicas interpretables en clave cronológica. La tapadera discoidal plana, en cambio, remite a paralelos más concretos; ausente en el repertorio tardo-andalusí al uso, constituye una forma habitual en la tradición catalana de cerámica gris (p.e. PADILLA, 1983-84: pp. 138-141), si bien aquí suele presentar asa de puente. Ejemplares con estas características se han encontrado en Valencia, en la excavación ya comentada de las Cortes Valencianas, con una cronología de la segunda mitad del XIII (LÓPEZ, MARÍN, MARTÍNEZ, MATAMOROS, 1994: lám. 201).

Entrando en las formas de vajilla, trataremos primero de los cuencos, dentro de los cuales

cabe distinguir dos grandes grupos (Fig. 6). En primer lugar tenemos los ejemplares vidriados, con cubierta verde oscuro o marrón oscuro al interior y simplemente bizcochados al exterior, todos ellos de perfil carenado, una producción bien enraizada en la tradición musulmana. Por otra parte, se documentan piezas formalmente identificables como cuencos, pero carentes de vedrío. Como rasgo común, todos presentan repies anulares muy desarrollados y robustos; además, en el caso del IIA, se documentan rasgos inequívocos de que la base se añadió después de tornear la pieza.

Los cuencos vidriados muestran pastas muy depuradas, consecuencia de la decantación de las arcillas, advirtiéndose diferencias en cuanto a la cocción, la cual es oxidante en la variante IA y reductora en la IB. En las piezas adscritas al grupo II, a diferencia de las anteriores, las pastas son menos depuradas y compactas; la cocción es oxidante, pero en ocasiones se advierten pastas de tipo sandwich, rojiza al exterior y gris por el interior, en particular en las piezas adscritas a la variante IIB, lo que denota cocciones deficientes. Es de destacar también en estas formas la presencia de mica como elemento desgrasante.

Cuenco IA: presenta pie anular robusto, paredes de perfil quebrado, en desarrollo rectilíneo o ligeramente convexo en sus dos tercios inferiores (rasgo éste muy característico) y vertical o algo entrante en el tercio superior, con carena poco marcada, rematada la pieza por un borde engrosado al exterior. La pasta es de color rojizo con desgrasante calizo y vacuolas. Está vidriado en verde oscuro al interior y simplemente bizcochado por el exterior salvo por la presencia de goterones. El diámetro de borde está en torno a los 270 mm. Se trata de una forma derivada de los ataifores islámicos que pasa al repertorio feudal, alcanzando amplia difusión en el siglo XIV (p.e. AMIGUÉS, MESQUIDA, 1993: p. 17; PASCUAL, MARTÍ, 1987: p. 608, Lám. II-2; NAVARRO, 1990: p. 119). Hay abundantes paralelos fechados en el trescientos, pero en general tienden a sustituir el vidriado verde por el melado.

Cuenco IB. La distinción de este tipo es bastante hipotética, ya que sólo se ha documentado un ejemplar fragmentado. A grandes rasgos, podemos apuntar que se trata de un cuenco de perfil quebrado, semejante al anterior pero de mayores dimensiones y, como aquel, vidriado al interior con un barniz verde oscuro, compacto y denso. El rasgo diferencial probablemente radique en su pasta, de color gris con desgrasante calizo, lo que denota cocción reductora.

Cuenco IIA: Se ha definido a partir de un único ejemplar con el perfil completo. Tiene base anular perdida, paredes en curva suave y borde recto, ligeramente engrosado al exterior. Se trata de una producción bizcochada, carente de vedrío. Su pasta es poco compacta, con abundante desgrasante calizo, restos de cuarzo y chamota. En cuanto a las dimensiones, el diámetro de borde es de 280 mm, el de base 95 mm y hace una altura de 100 mm.

Cuenco IIB: se trata de piezas de grandes dimensiones con repie robusto sin vidriar y pasta poco compacta con abundante desgrasante calizo, partículas de cuarzo y chamota. No se conserva ningún ejemplar completo, por lo que desconocemos su perfil. Esta forma podría ser el precedente de los lebrillos bajomedievales de perfil rectilíneo alto, aunque éstos suelen presentar vidriado interior o incluso decoración polícroma. De hecho, la aparición de cuencos sin vidriar es un hecho insólito en el repertorio feudal, salvo en el caso de desechos de alfar, circunstancia que no parece concurrir en este caso, por lo que probablemente nos encontremos ante producciones endémicas, sin continuidad posterior.

Bajo la denominación de escudillas incluimos piezas de tamaño más reducido que las anteriores, con diámetros de borde comprendido en los 14 y los 17 cm. Se han diferenciado dos tipos, uno de perfil carenado, vidriado por el interior en color verde más o menos oscuro, y otro en forma de casquete hemiesférico rematado en ala corta, vidriado en verde oscuro al

exterior. Las pastas son compactas y de buena calidad, rojizas las del primer tipo –cocción oxidante– y grises –reductoras– las del segundo, éstas particularmente depuradas y con desgrasante apenas visible. La cubierta en estas piezas también presenta una gran uniformidad y está realizada mediante una capa homogénea de barniz aplicado sólo al interior (Fig. 6).

Escudilla I: Pie anular, pared en perfil quebrado con carena poco marcada (como el ataifor IA, ligeramente convexa en la parte inferior y vertical en la superior) y borde engrosado al exterior. Presenta cubierta interior verde-melado o verde oscuro, y pasta rojiza con escaso desgrasante calizo. Es característica la presencia de una incisión por el interior de la pieza que marca la unión de la base con la pared. Presenta un diámetro en el borde en torno a los 170 mm, de 70 mm. en la base y una altura media de 40 mm. Se trata de una forma de ascendencia islámica pero emparentada morfológicamente con los ataifores tardoalmohades antes que con las jofainas. La producción pervivió en el siglo XIV dentro de las series monocromas, pero no fue asimilada por las series policromas.

Escudilla II: Base de perfil desconocido, pero seguramente en anillo, paredes en curva simple y borde en ala corta plana, rematada por un labio biselado. Es particularmente notoria su cubierta vítrea, en tono verde oscuro, compacto y de gran espesor. El diámetro de borde está en torno a los 140 mm.

Por lo que respecta a las piezas de vajilla destinadas a la contención de líquidos, asistimos a importantes cambios, probablemente debido a las transformaciones en los hábitos alimentarios, y en particular a la introducción del vino como un elemento significativo de la dieta (Fig. 7). La jarrita casi desaparece del repertorio, mientras que el jarro, apenas presente con anterioridad, pasa a ser la forma predominante. De hecho, es el tipo más representado en los niveles de derrumbe y abandono del yacimiento. Presenta repie en anillo muy desarrollado, cuerpo globular y cuello troncocónico, casi cilíndrico, alto, acabado en borde recto, con un pico vertedor sobresaliente modelado a cuchillo y un asa dorsal robusta y moldurada, en ocasiones decorada con dos pequeños apéndices a imitación de referentes metálicos. Esta vidriado en verde oscuro por el exterior y en un tono más claro, con manchas meladas, por el interior. Como en algunas de las piezas vistas hasta aquí, es muy característica la cubierta exterior de estas piezas por su densidad, signo de buena factura, así como la presencia de pequeños puntos de pigmento que no llegaron a disolverse por completo y se muestran como pequeñas estelas más oscuras sobre la capa vidriada. La pasta es de textura compacta, con poco desgrasante visible y por lo general de color gris. Independientemente de su origen, asunto a debate, el tipo tiene una larga perduración, ya que fue incorporado al repertorio de loza valenciana decorada (PASCUAL, MARTÍ, 1986: tipo C-1; LERMA, 1992: Jarro Tipo 1), perviviendo hasta finales del XIV con ligeras modificaciones en la altura del cuerpo y del cuello (Fig. 7).

La jarrita, tal y como hemos comentado, pasa a ser un tipo residual. Los fragmentos localizados en los niveles de este momento pertenecen a piezas reutilizadas o a tipos de perduración, como las de base moldurada o las esgrafiadas sobre manganeso. Curiosamente, los únicos fragmentos de esgrafiado localizados en el yacimiento han aparecido en este horizonte de conquista y no en los niveles islámicos. Corresponden a jarritas de pequeño formato, con cuellos rectos o ligeramente curvados al interior, y diámetros en la abertura que no llegan a los 100 mm. Su decoración es muy tosca, de raigambre geométrica en la que dominan los triángulos y los reticulados, lo que diferencia con claridad esta producción de las minuciosas labores almohades. La continuidad en la producción esgrafiada tras la conquista es un hecho que ha sido puesto de manifiesto por F. Amigues, M. Mesquida y Mª Paz Soler (1991) a partir de materiales procedentes de las excavaciones de Paterna, donde aparecen asociados indistintamente a series verde-manganeso, azules y doradas, lo que permite hacer extensivo su periodo de vigencia hasta el siglo XV. Existen semejanzas entre las decoraciones de algunas de las piezas publicadas por estos autores y los

fragmentos hallados en Ambra, pero dada la simplicidad de la ornamentación parece demasiado aventurado establecer una vinculación directa (Fig.7).

Para cerrar el grupo de vajilla, se ha documentado una forma de redoma de cuerpo piriforme, con repie desarrollado y plano en su base, ya definida en su día dentro del repertorio almohade (AZUAR, 1986, 1989), si bien en el caso que nos ocupa apreciamos un mayor macizado de la base que en los prototipos andalusíes. Al igual que sucede en las otras formas vidriadas, el barniz es verde oscuro y la pasta gris, resultado de una cocción reductora. El único fragmento conservado tiene un diámetro de base de 50 mm.

Dentro de los contenedores, trataremos de las orzas y tinajas. En las primeras cabe distinguir dos grupos. El primero está formado por piezas de cuerpo abombado, sin cuello, y con un característico borde exvasado, con escotadura al interior para facilitar el apoyo de una tapadera, y dos asas a la altura del hombro. Dentro de esta definición caben algunas variantes, atendiendo a la forma del borde o al acabado superficial, ya sea bizcochado o vidriado por el interior; algunos ejemplares presentan decoración pintada en manganeso por el exterior. El tipo recuerda el perfil de las ollas de borde moldurado que vimos anteriormente, pero la presencia de decoración permite clasificarlas inequívocamente como orzas (Fig. 8).

El segundo grupo, de perfil menos definido, se caracteriza por su cuello cilíndrico y recto. Carece de vedrío y está decorado exteriormente con trazos en óxido de hierro.

Las pastas son de textura muy similar, de color anaranjado, poco compactas y con restos de desgrasante calizo y abundantes vacuolas. Los tipos distinguidos son los siguientes:

Orza IA: Presenta cuerpo globular con varias acanaladuras a la altura del hombro y borde exvasado al exterior. Tiene dos asas cortas de sección lenticular. Las superficies son bizcochadas, de color anaranjado y está decorada al exterior mediante grupos de trazos ondulados que alternan con otros de trazos verticales. Sus diámetro de borde está en torno a 270 mm. No conocemos paralelos para esta forma dentro de las producciones bajomedievales.

Orza IB: Presenta hombro inclinado con acanaladuras poco marcadas, borde exvasado y labio plano ligeramente regruesado al exterior. Conserva restos de vidriado interior y exterior verde muy degradado. La pasta es rojiza, compacta, con escaso desgrasante. Tiene 210 mm. aproximadamente de diámetro en la abertura.

Orza II: Tiene cuello diferenciado, cilíndrico, y borde recto con labio redondeado. Presenta una incisión marcada a la altura del hombro. Las superficies son bizcochadas, de color anaranjado, con trazos de pintura en óxido de hierro al exterior. La pasta es poco compacta, con desgrasante calizo, cuarzo y chamota. Su diámetro de borde mide 270 mm.

Respecto a las tinajas, tan sólo se ha recuperado un ejemplar, en estado fragmentario, lo que impide reconstruirlo en toda su altura. Tiene la base plana, cuerpo ovoide con dos pequeñas asas a la altura del hombro, cuello cilíndrico alto ligeramente abocinado y labio exvasado regruesado al exterior. Las superficies son bizcochadas y presenta un cordón aplicado con ungulaciones. La pasta es gris con desgrasante calizo y chamota como resultado de la cocción reductora. El cuello presenta una capa de engobe al exterior. Su boca tiene un diámetro de 250 mm y su base de 240 mm. Como paralelos para esta pieza podrían apuntarse los ejemplares aparecidos en el Castillo de la Torrre Grossa de Jijona (nº 146 y 148) (AZUAR, 1985) (Fig. 9).

Los alcadafes son iguales a los islámicos, quizás algo menores (diámetro de borde entre 300 y 400 mm, altura 100-120 mm y base 200-220 mm), de perfil troncocónico bajo y con borde engrosado exterior e interiormente. Las superficies, de color anaranjado, carecen de decoración o de cubierta vítrea. La pasta es anaranjada, con desgrasante de pequeño tamaño (Fig.9).

Por último, los candiles mantienen el doble tipo, de cazoleta y de pie alto, que ya era común en la tradición almohade (Fig. 7). Los mejor representados son estos últimos, a los que denominamos Tipo II en Ambra, diferenciándose respecto a los islámicos por una menor altura del plato inferior, con tendencia a hacerse plano, y por el color de los vidriados, verde oscuro; su pasta es de color gris, muy compacta y el diámetro del plato está en torno a los 100 mm.

A su vez, los de cazoleta, identificados como Tipo I, con asa dorsal, presentan vidriado interior marrón oscuro y su pasta es de color ocre claro, con desgrasante calizo de pequeño tamaño. El borde tiene un diámetro de 65 mm. aproximadamente, en torno a 40 mm la base, y apenas 30 mm la altura.

Aparte de las piezas descritas, debemos hacer mención de dos formas abiertas de funcionalidad desconocida, ya que podrían interpretarse como tapaderas o como anafes-trípodes (Fig. 5). La primera presenta pared en curva abierta, con acanaladuras marcadas en la parte externa, borde plano y regruesado interior y exteriormente. La pasta es poco compacta, de tono anaranjado, con desgrasante calizo y abundantes vacuolas. El diámetro en el borde es de 220 mm. Por su parte la segunda forma tiene pasta más depurada, de color grisáceo y con poco desgrasante visible; el cuerpo es también curvo, con una escotadura marcada antes del borde, que es plano e inclinado al exterior, donde se localizan diversos trazos verticales en óxido de manganeso. Esta pieza tiene también un diámetro de borde de 22 mm.

CONCLUSIONES

Los conjuntos cerámicos presentados contribuyen en gran medida a comprender la dinámica de la fortificación de Ambra, al tiempo que aportan interesantes datos a la reflexión sobre las transformaciones que conllevó la conquista feudal del territorio valenciano.

La universalidad es el rasgo más característico del registro cerámico hallado en los niveles islámicos del castillo. La variedad de formas y producciones es prácticamente idéntica a la documentada en cualquier otro yacimiento de la zona para la misma época, como pueda ser Sta. Fe de Oliva (BAZZANA, 1984-1986), los castillos de Planes (MENÉNDEZ, 1995), Jijona (AZUAR, 1985), o la propia ciudad de Denia (GISBERT, BURGUERA, BOLUFER, 1992), en esencia la misma que desarrollamos en la síntesis del período expuesta en el congreso de Rabat (AZUAR et alii, 1995). El registro cerámico documenta un predominio casi absoluto de las producciones provenientes de los alfares dianenses, lo que, por otra parte, confirma la vinculación del castillo de Ambra con la capital administrativa del territorio, Denia, la cual sigue siendo aún en la década de los cuarenta un activo centro productor de manufacturas. Por otra parte, la ausencia en Ambra de cerámicas que pudiéramos considerar de *lujo,* en particular series polícromas así como esgrafiadas o estampilladas, junto a la presencia de un elevado número de piezas lañadas, nos hace suponer que estamos ante poblaciones de recursos limitados, o mejor de campesinos que se refugian, de forma temporal, en el castillo con la falsa esperanza de que pasaran los cristianos.

La ocupación feudal del castillo se constata a nivel arqueológico, tal y como ya comentamos al principio, por una fase generalizada de remodelación de las estructuras islámicas acometida por la nueva guarnición. En lo que atañe al repertorio cerámico, por su parte, hay toda una serie de cambios que hacen patente la instauración de un orden nuevo. El tema ha sido expuesto en anteriores ocasiones (COLL, MARTÍ, PASCUAL, 1988; MARTÍ, 1993; MARTÍ, PASCUAL, 1995; MARTÍ, PASCUAL, en prensa), pero probablemente no sea baladí volver sobre el particular, analizándolo desde varios planos y a partir del punto de vista singular que proporciona el enclave geopolítico del castillo de Ambra.

Desde la óptica cultural, el repertorio cerámico evidencia una transformación profunda. Las cerámicas de cocina del periodo tardoandalusí desaparecen de forma traumática y son sustituidas por tipos nuevos, sin tradición local y con notorios paralelos (si no directa procedencia) en Cataluña. Esta circunstancia es particularmente ostensible en el caso de las ollas,

que, como hemos visto, cambian radicalmente en forma y técnica de manufactura, así como en el de los anafes, cuya frecuencia disminuye de forma clara; las cazuelas, a tenor de lo que sabemos de otros yacimientos, asimilan en buena medida la tradición musulmana, pero este extremo no ha podido ser confirmado en Ambra al no hallarse ningún fragmento del tipo. Todos estos hechos evidencian cambios en la forma misma de cocinar los alimentos y, más allá de esto, en la propia dieta, transformaciones por lo demás perfectamente previsibles.

En este mismo sentido, la vajilla de mesa pone también de manifiesto la introducción de pautas alimentarias nuevas. Buena prueba de ello es el gran desarrollo, casi diríamos la re-invención, de un tipo esporádico en el repertorio de vajilla almohade cual es el jarrito o *pitxer,* el cual pasa ahora a ser una de las formas más habituales, bien caracterizado por su sólida asa dorsal y su pico prominente. A pesar de no existir, por el momento, paralelos directos con ninguna otra producción conocida, se trata sin duda de una forma nacida de tradiciones occidentales, singularmente asociada al consumo del vino, uno de los principales componentes de la dieta en la sociedad feudal. La jarrita, por contra, una serie muy desarrollada en el período almohade y postalmohade, con variantes formales y decorativas de todo tipo que probablemente escondían usos específicos para cada caso, prácticamente desaparece del repertorio de vajilla feudal, quedando relegada a un plano inferior, casi por completo al margen de las producciones vidriadas y decoradas.

Junto a estos cambios, sin embargo, encontramos significativas continuidades, como en el caso de los cuencos/escudillas de perfil carenado, apenas diferentes de los ataifores musulmanes; o en los candiles, tanto en los de pie alto como de cazoleta; o en los alcadafes.

Cambio y continuidad son las dos caras de una misma realidad en un proceso de interacción entre dos culturas, en el cual la cultura dominante tomó de la dominada aquellos elementos que podían ser asimilados, y los reinterpretó a su manera, rechazando de plano aquellos otros que suponían un choque a sus tradiciones más arraigadas, en particular las pautas alimentarias (COLL, MARTÍ, PASCUAL, 1988, pp. 38-39).

La presencia en Ambra de tipos cerámicos carentes de tradición local, como los cuencos de paredes bizcochadas, las escudillas hemisféricas, las ollas de bordes complejos o las orzas, pero a su vez con escasa transcendencia en el repertorio posterior, pone sobre la mesa el otro gran enfoque desde el que cabe abordar el estudio del material cerámico de los niveles feudales del castillo y, por extensión, de la segunda mitad del siglo XIII valenciano: la producción alfarera.

Desde esta óptica, el primer hecho evidente es la desaparición de las manufacturas procedentes de los alfares de Denia o de cualquier otro taller tardoandalusí. Los únicos fragmentos identificados como tales hallados en los niveles cristianos del castillo cabe interpretarlos sin duda como reutilizaciones de piezas supervivientes de la fase de ocupación islámica. Por otra parte, es notoria la ausencia de cualquier fragmento de cerámica policroma, es decir, vidriada y decorada, tanto verde-manganeso como loza dorada.

¿Qué tenemos entonces? Un conjunto de producciones que comienzan a perfilarse cada vez con mayor claridad y que definen en el plano de la cultura material esta segunda mitad de la centuria. De una parte, ollas de cuerpo globular y borde exvasado, generalmente manufacturadas en cocción oxidante, pero no siempre, cuya aceptación y arraigo en la tradición alfarera bajomedieval ya ha sido resaltada en páginas anteriores. Junto a éstas, ollas de pasta gris, con bordes complejos y labios incisos y biselados. En el caso de las primeras, el referente de las producciones catalanas está siempre presente, pero salvo en aquellas que presentan mica dorada en sus pastas, en principio nos decantamos por una fabricación autónoma, probablemente resultado de la instalación de artesanos venidos del norte en (o en torno a) la ciudad de Valencia. En el caso del segundo grupo de ollas, esta hipótesis cobra fuerza, toda vez que no existen apenas paralelos en el área catalana (y los más cercanos proceden de Tarrago-

na y se fechan en el mismo momento), mientras que sí los hallamos en la ciudad de Valencia y en el castillo de Uxó.

Por otra parte, vajilla de mesa de variada filiación. En primer lugar los jarros de pico vertedor, y junto a ellos, cuencos y escudillas de paredes quebradas o, en el caso de estas últimas, hemisféricas y con ala corta. A ellos hay que sumar además los candiles. Todas ellos comparten unos mismos rasgos técnicos que denotan una procedencia unitaria: por un lado las cubiertas, verdes o marrones oscuros, de gran espesor y densidad, a menudo con un característico moteado en el barniz consecuencia de la deficiente disolución del pigmento; por otra parte, las pastas, con frecuencia grises, muy bien decantadas y cocidas, como demuestra el sonido metálico y su fractura con aristas vivas (Fig. 10).

Esta producción está perfectamente identificada en la ciudad de Valencia, a la vista del trabajo aportado a este mismo coloquio por Vicent Lerma y Miquel Rosselló. No obstante, debido a que muchas de sus formas pervivieron en la producción del XIV (de las que apenas se diferencian por el tono del barniz), por el momento no se ha distinguido en otros yacimientos, en nuestra opinión porque no se ha puesto el énfasis necesario para aislarlas de las producciones inmediatamente posteriores. Sin embargo, la presencia de las mismas en un enclave como el castillo de Ambra, una guarnición militar a ochenta km. de Valencia y en pleno territorio mudéjar, habla bien a las claras de la amplitud de su radio de difusión y, de rebote, de su temprana cronología. Queda por dilucidar su procedencia. Dada la continuidad de muchas de sus formas en series posteriores bien identificadas en talleres del entorno de Valencia, como Paterna o la misma metrópoli, nos inclinamos por una producción salida de estos centros fabriles, que posteriores trabajos deberán concretar.

El horizonte material expuesto define una segunda mitad del doscientos marcada por una conquista feudal que supuso una clara ruptura en las producciones de época andalusí y que a la vez tuvo la fuerza de, aprovechando la tradición y la tecnología islámica, generar nuevas producciones así como controlar y abastecer los mercados en apenas medio siglo. Proceso que todavía nos resulta del todo inaprehensible, pero que es fundamental para entender el lanzamiento y desarrollo a partir de la centuria siguiente de la industria alfarera de la valencia feudal.

BIBLIOGRAFÍA

AMIGUES, F.; MESQUIDA, Mercedes; SOLER, Mª Paz (1991): "La cerámica esgrafiada en los talleres mudéjares de Paterna (Valencia)". *IV Coloquio Internacional de la Cerámica Medieval del Mediterráneo Occidental* (Lisboa, 1987). Lisboa, pp. 305-314.

AMIGUES, F.; MESQUIDA, Mercedes (1993): *Les ateliers et la céramique de Paterna (XIIIe - XVe siècles)*. Beziers.

AMIGO, J.; et alii (1986): *El Bullidor. Jaciment medieval.* Sant Just d'Esvern.

AZUAR, R.(1985): *El castillo de la Torre Grossa (Jijona).* Alicante.

AZUAR, R..; (1989): *Denia islámica. Arqueología y poblamiento*. Alicante.

AZUAR, R.; et alii (1994): *El Castillo del Río (Aspe, Alicante). Arqueología de un asentamiento andalusí en la transición al feudalismo (siglos XII-XIII)*. Alicante.

AZUAR, R.; et alii (1995): "Cerámica tardo-andalusí del País Valenciano (1ª mitad del siglo XIII)", *V Coloquio Internacional de la Cerámica Medieval del Mediterráneo Occidental (Rabat, 1991)*. Rabat, pp. 140-161.

BAÑÓ, R.; (1981): "Contribució a l'estudi de les sublevacions d'Al-Azracq en els comarques de l'Alcoià i del Comtat", *Revista del Instituto de Estudios Alicantinos,*33, (Alicante), 41-63

BAZZANA, A. (1984): "El yacimiento medieval de Santa Fé de Oliva (Valencia). Estudio de su cerámica", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 18,255-339

BAZZANA, A. (1986): "Tipologie et function du mobilier céramique d'une alquerie musulmane a Valence aux XI et XII siècle: Santa Fé de Oliva", *III CICMMO*, 205-217

BAZZANA, A.; CRESSIER, P.; GUICHARD, P., (1988): *Les Château ruraux d'Al-Andalus. Histoire et Archéologie des Husun du Sud-Est de l'Espagne*, Madrid.

CERÀMICA GRISA (1983-84): Ceràmica grisa i terrissa popular de la Catalunya Medieval. *Acta Medievalia*, anexo 2. Barcelona.

CERÀMICA MEDIEVAL CATALANA (1997): *Ceràmica medieval catalana*. Actas de Mesa Redonda celebrada en Barcelona entre los días 15-16 de noviembre de 1994.Barcelona, pp. 101-142.

COLL, J.; MARTÍ, J.; PASCUAL, J. (1988): *Cerámica y cambio cultural. El tránsito de la Valencia islámica a la cristiana.* Valencia.

GISBERT, J.A,; BURGUERA, V.; BOLUFER, J. (1992): *La cerámica de Daniya- Denia-*. Valencia

GUICHARD, P. (1980): "La conquista militar y la estructuración política del Reino", *NUESTRA HISTORIA*, 3 (Valencia), 18-42.

GUICHARD, P. (1982): "Los Castillos musulmanes del Norte de la provincia de Alicante", *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval.* 1, (Alicante), 29-46.

GUICHARD, P.; BAZZANA, A. (1980): "La Valencia musulmana", *NUESTRA HISTORIA* 2, (Valencia) 201-290.

GUINOT, E. (1991): *Cartes de Poblement Medievals Valencianes*. Valencia.

LEENHARDT, M: PADILLA, J.I.: THIRIOT, J.: VILA, J. M. (1993): "Primers resultats dels treballs al talles medieval de ceràmica grisa de Cabrera d'Anoia". *Estrat. Revista d'Arqueologia, Prehistòria i Història Antiga*, 6.

LERMA, J.V.; et alii (1992): *La loza gótico-mudejar en la cuidad de Valencia.* Valencia.

LÓPEZ, I.; MARÍN, C.; MARTÍNEZ, R.; MATAMOROS, C.(1994): *Hallazgos arqueológicos en el Palau de les Corts*. Valencia

LÓPEZ, MULLOR; NIETO, F.J.(1979): "Hornos de cerámica gris medieval en el castell de Cabrera d'Anoia". *Informaciò Arqueològica*, 30,pp. 154-161

LÓPEZ MULLOR, A.; CAIXAL,A.; FIERRO,X. (1997): "Cronologia i difusiò d'un grup de ceràmiques medievals trobadaas a les comarques de Barcelona (Segles VII-VIV)". *Cerámica medieval catalana (Actas de la Mesa Redonda celebrada en Barcelona entre los días 15-16 de noviembre de 1994)*, Barcelona, pp. 101-142.

MACÍAS, J.M.; MENCHÓN, J.; MUÑOZ, A. (1997): "Ceràmiques medievals a Tarragona. Aproximació al seu coneixament". *Cerámica medieval catalana (Actas de la Mesa Redonda celebrada en Barcelona entre los días 15-16 de noviembre de 1994)*, Barcelona, pp. 71-88.

MANÉNDEZ FUERO, J.L., (1995): "El hisn de Planes (El Comtat, Alicante): un recinto fortificado almohade en el tránsito al feudalismo", CASELL,5 (Alicante), 13-28.

MARTÍ, J (1994): " An overview of medieval pottery production in Sáin between the thirteenth and fifteenth centuries". *Medieval Ceramics,* 18, 3-7.

MARTÍ, J.; PASCUAL, J. (1995): "Tradición e innovación en el repertorio formal de la cerámica valenciana bajomedieval". *Spanish Medieval Caramics in Spain and the British Isles.* BAR International Series, 610, pp. 159-175.

MARTÍ, J.; PASCUAL, J. (en prensa): "La investigación sobre cerámica bajomedieval valenciana, relectura de la bibliografía centenaria".

NAVARRO, C. (1990): *Excavaciones arqueológicas en el castillo de la Mola (Novelda, Alicante). Las cerámicas comunes (s. XIV-XV)*. Alicante.

NAVARRO, J. (1986): *La cerámica islámica en Murcia. Catálogo*. Murcia.

NAVARRO OLTRA, V.C.;(1992): "Troballes de monedes islàmiques a la Marina Alta", *III Congrès d'Estudis de la Marina Alta (Denia, 1990)*, Alacant, 155-157.

PADILLA, I. (1984): "Contribución al estudio de las cerámicas grises catalanas de época medieval; el taller, los hornos y la producción de Casampons". *Acta Medievalia*, anexo 2, pp.100-143.

PASCUAL, J.; MARTÍ, J. (1986): *La cerámica verde-manganeso bajomedieval valenciana*. Valencia.

PASCUAL, J.; MARTÍ, J. (1987): "Nuevos datos para el estudio de la cerámica valenciana del siglo XIV". *II Congreso de Arqueología Medieval Española*, III, (Madrid, 1987). 599-612.

RIU, M. (1986): "Estat actual de les recerques sobre les ceràmiques grises i la terrissa popular de la Catalunya medieval". *III Coloquio Internacional de la Cerámica Medieval del Mediterráneo Occidental (Siena, 1984)*. Florencia, pp. 219-225.

ROIG J.; COLL, J. M.; MOLINA, J. A. (1997) "La cerámica d'època carolíngia i comtal al Vallès". *Cerámica medieval catalana (actas de la Mesa Redonda celebrada en Barcelona entre los días 15-16 de noviembre de 1994)*. Barcelona, pp. 37-62.

ROSSELLÓ-BORDOY, G. (1978): *Ensayo de sistematización de la cerámica árabe en Mallorca*. Palma de Mallorca.

ROSSELLÓ-BORDOY, G. (1983): "El ataifor tipo III y sus problemas cronológicos". *Homenaje al Profesor Martín Almagro Basch*, vol. IV. Madrid.

TORRÓ, J. (1988-9): "Sobre ordenament feudal del territori i trasbalsament del poblament mudèjar. *La Montanea Valencie (1286-1291)". Afers, 7*, (València), 95-124.

TORRÓ, J.; (1992): *La formació d'un espai feudal. Alcoi de 1245 a 1305.* València.

Figura 1. *Ubicación del castillo de Ambra (Pego-Alicante).*

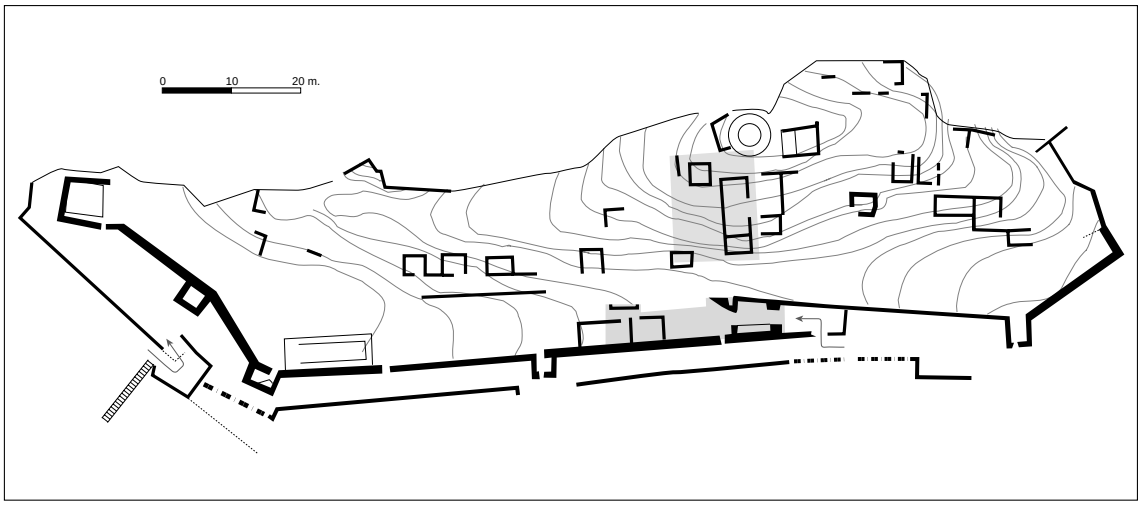

Figura 2. *Planta del castillo de Ambra.*

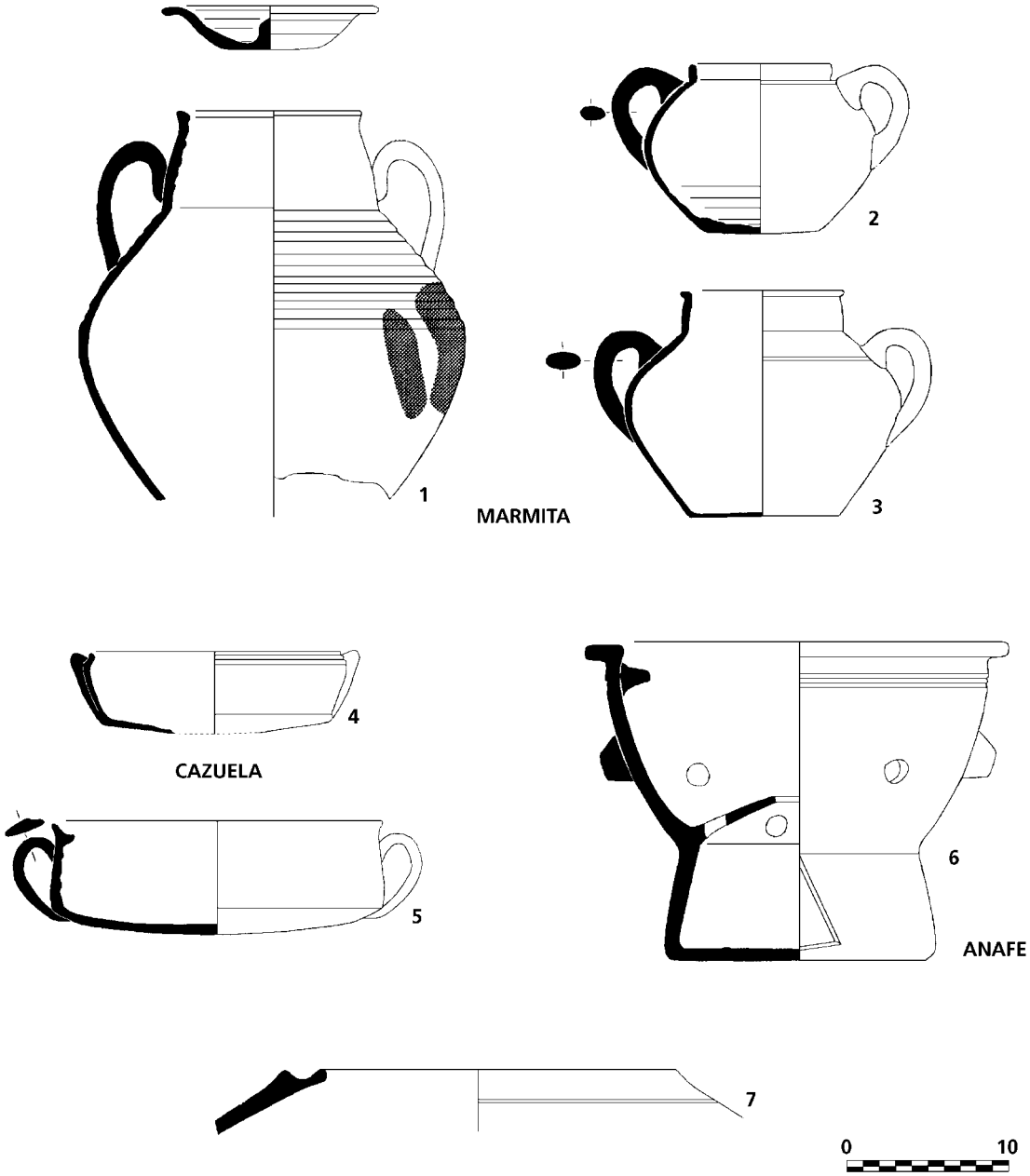

Figura 3. *Repertorio Cerámico Tardo-Almohade (provisional). Formas de cocina: marmitas, cazuelas y anafe.*

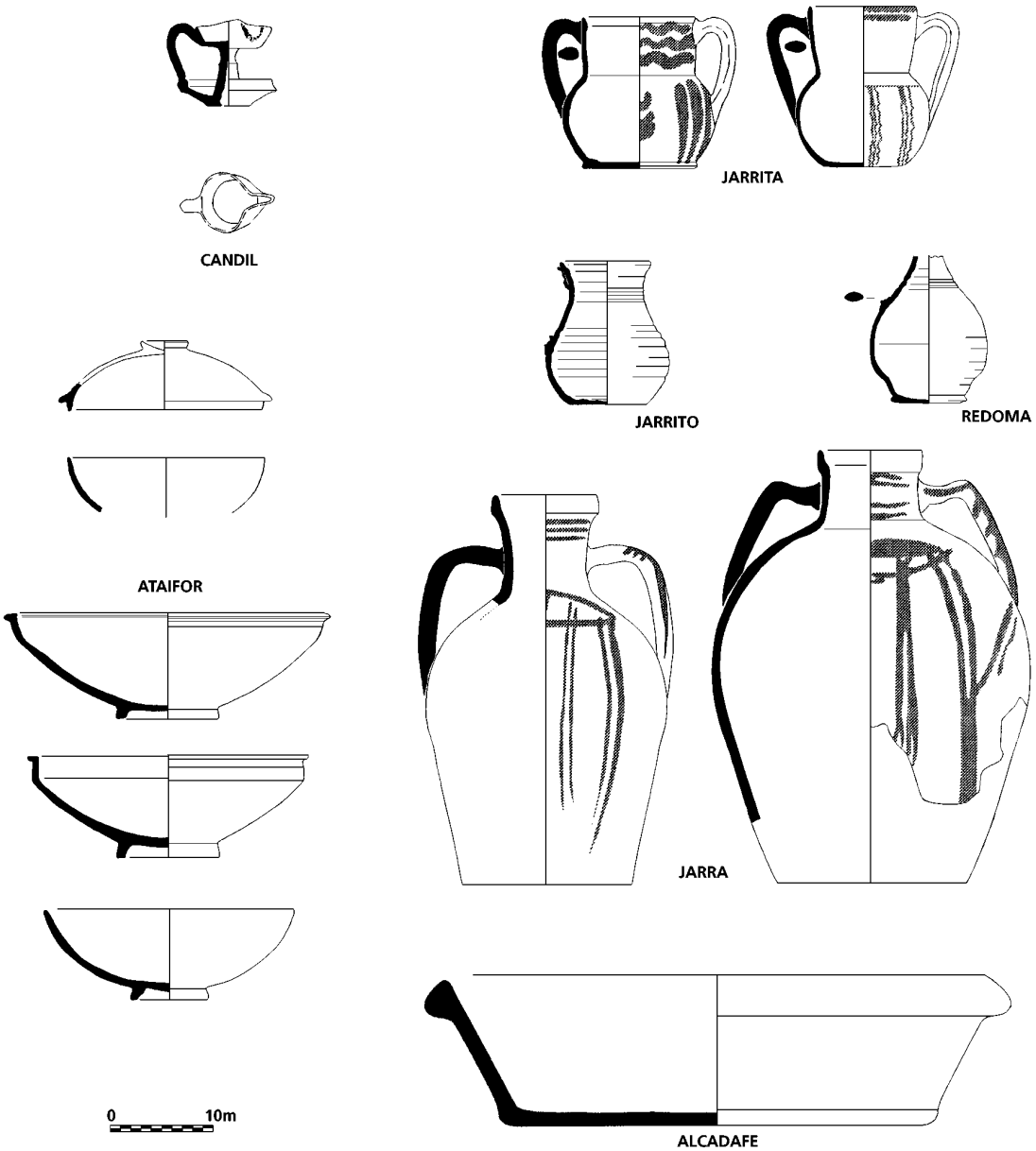

Figura 4. *Repertorio cerámico Tardo-Almohade (provisional). Vajilla de mesa, candiles, jarras y alcadafe.*

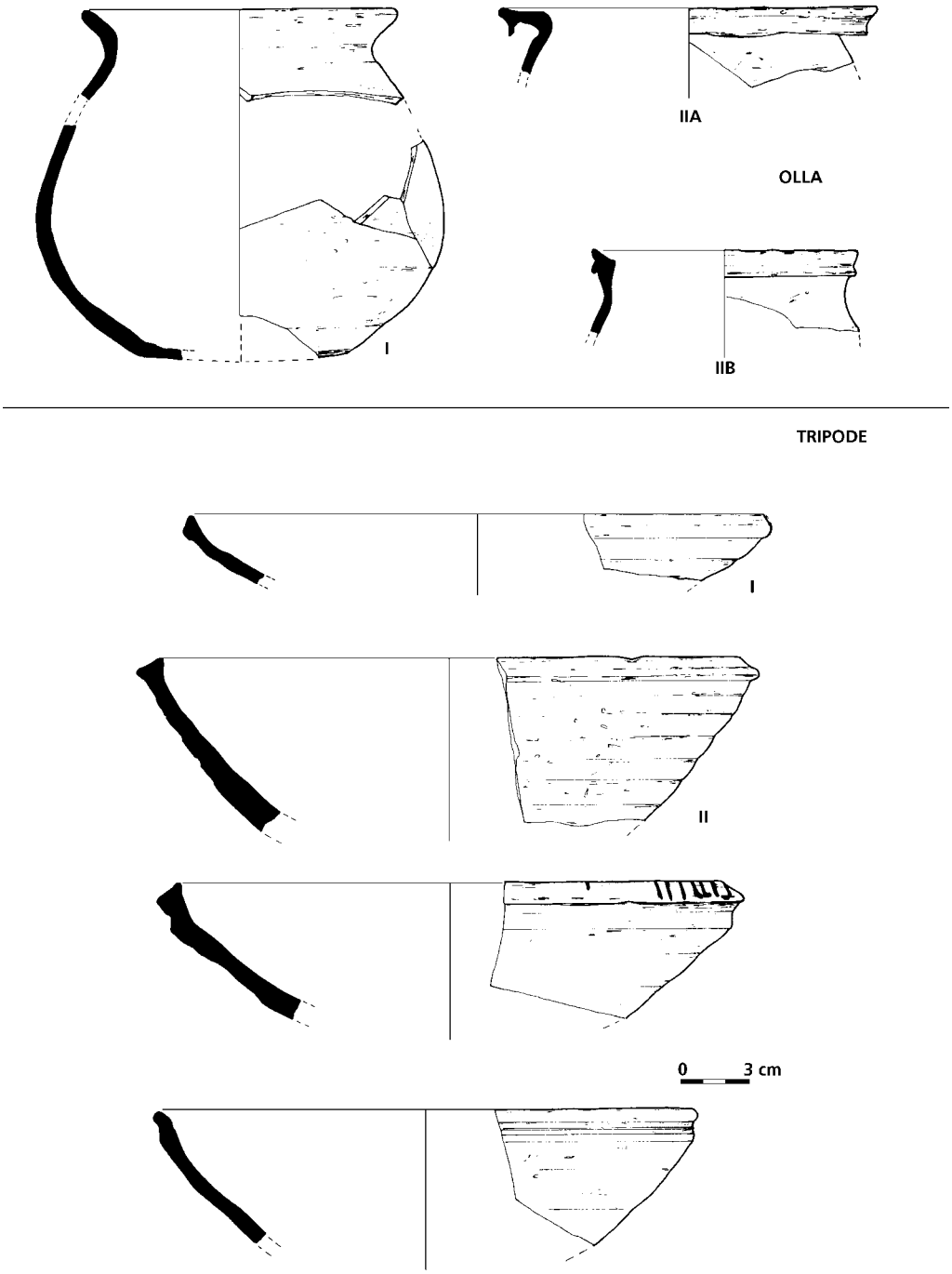

Figura 5. *Repertorio de Cerámica Feudal (2ª mitad del S. XIII). Formas de cocina: ollas, trípodes.*

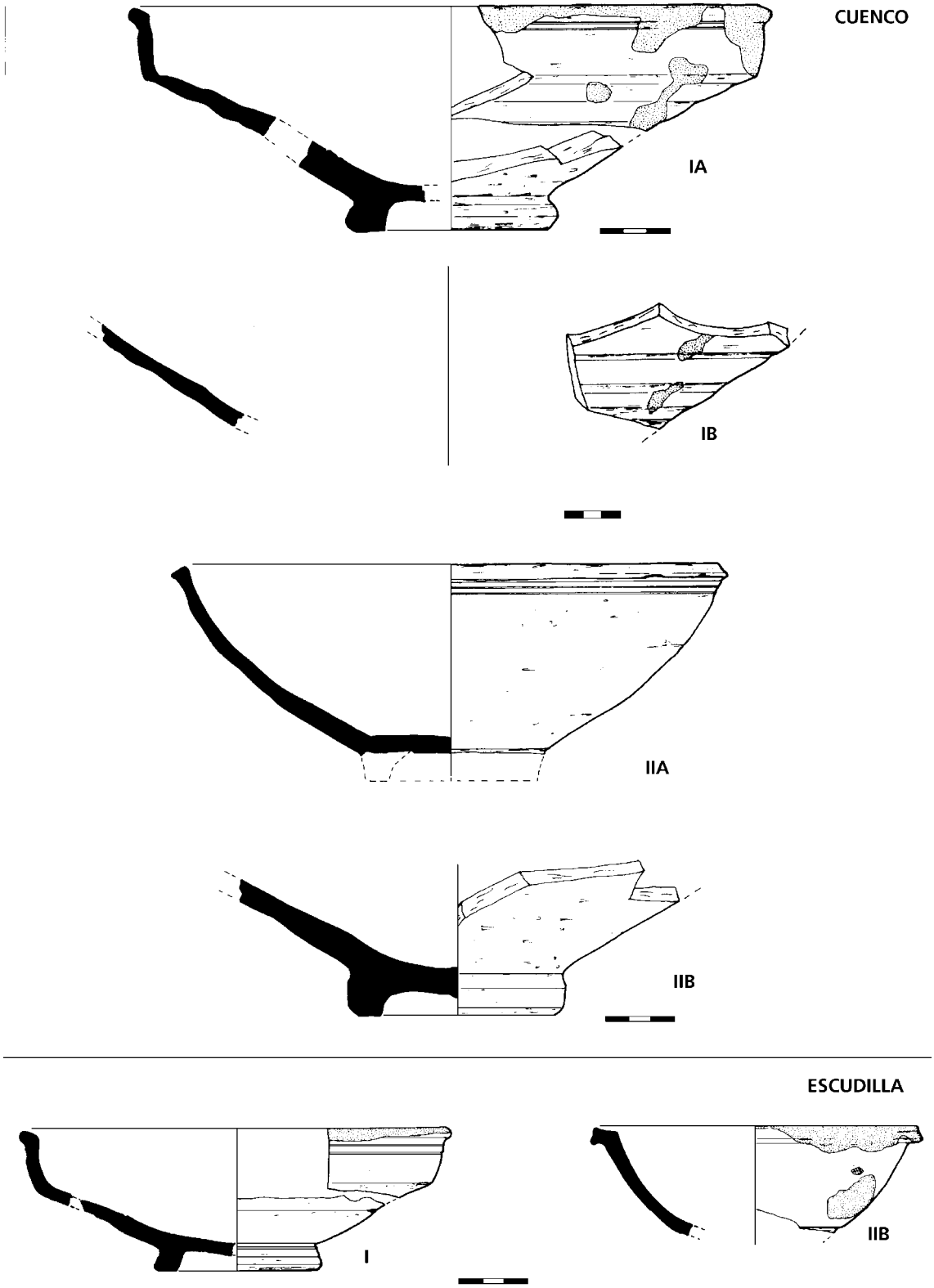

Figura 6. *Repertorio de Cerámica Feudal (2ª mitad del S. XIII). Cuencos y escudillas*

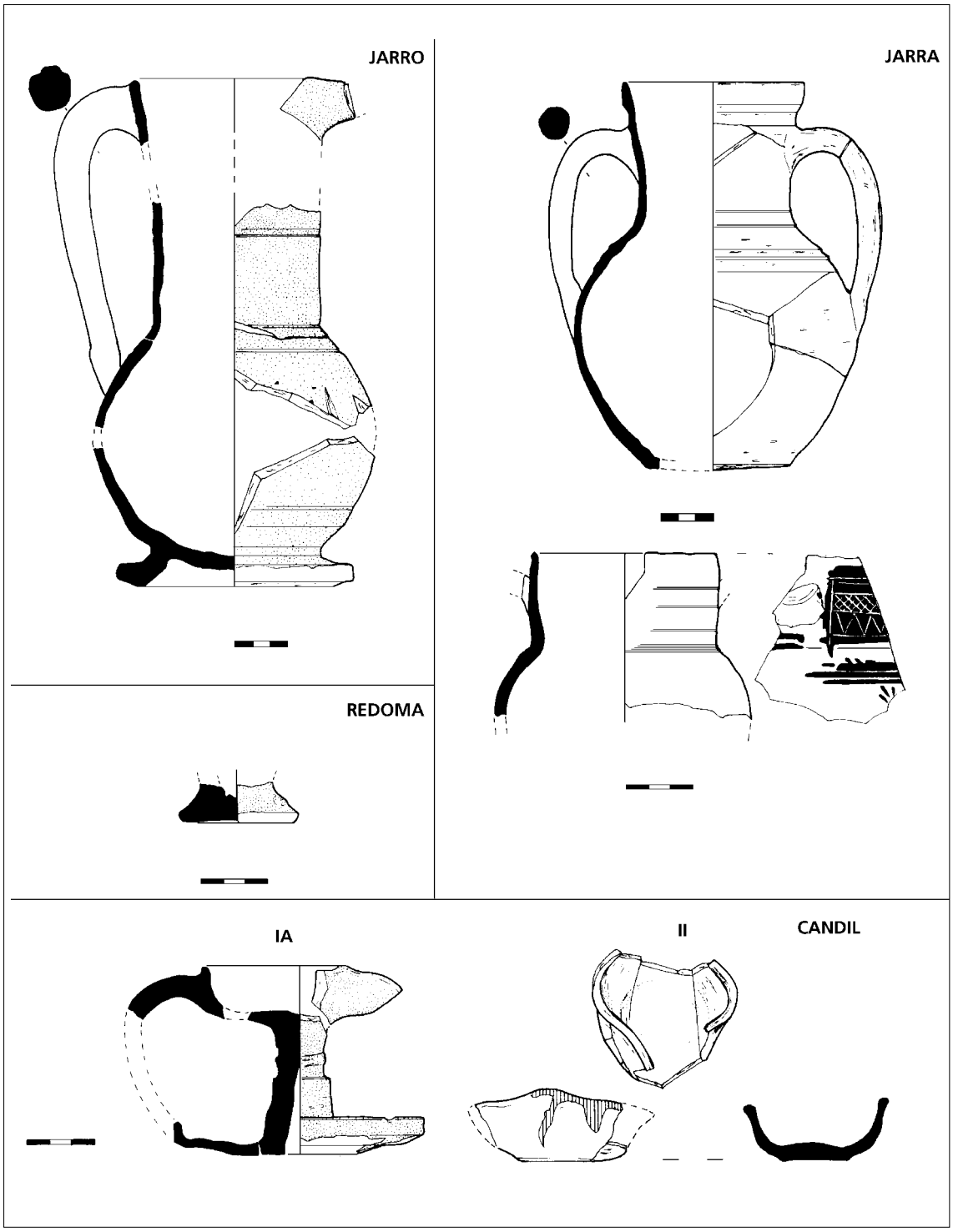

Figura 7. *Repertorio de Cerámica Feudal (2ª mitad del S. XIII). Jarro, jarras, redoma y candiles.*

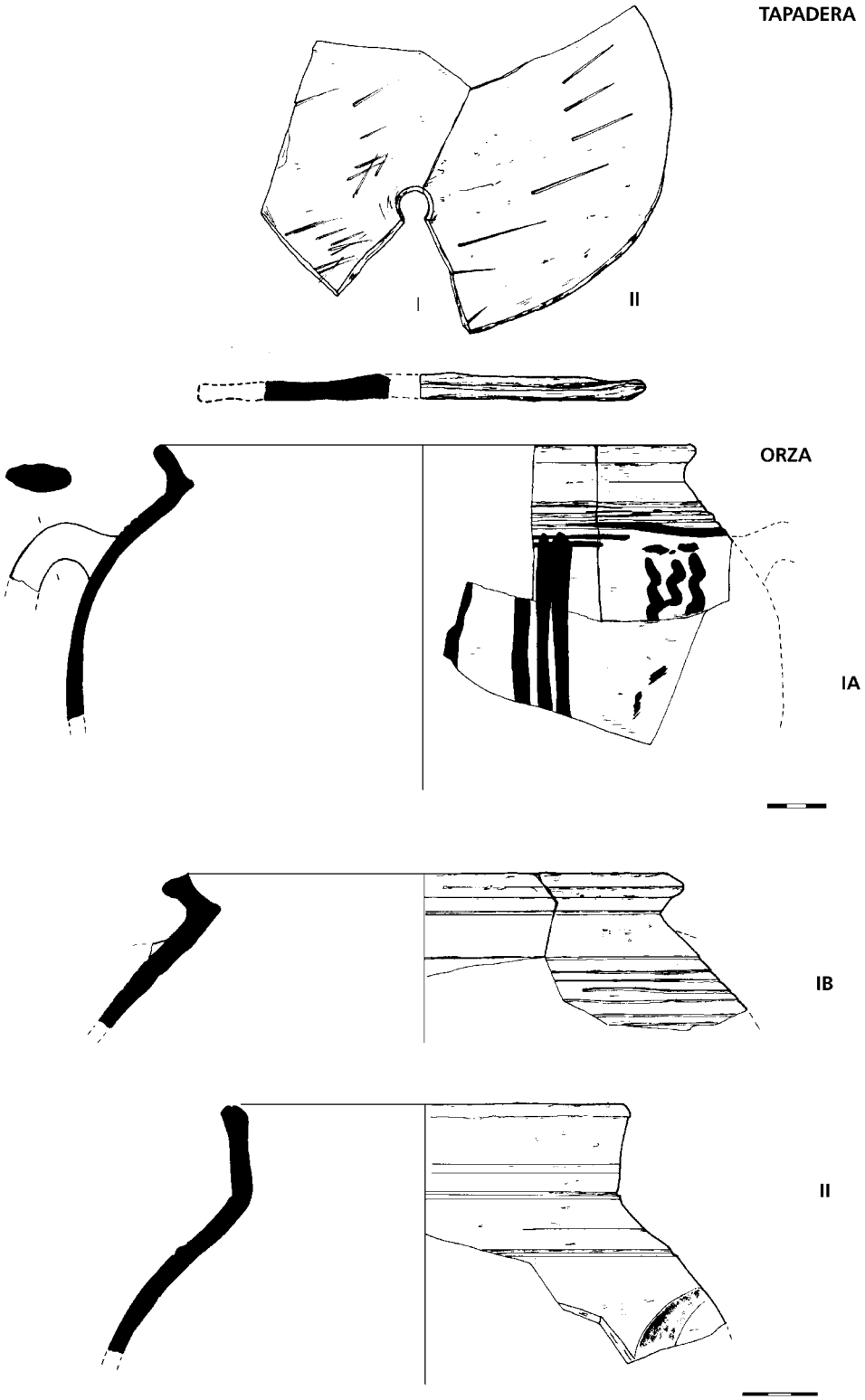

Figura 8. *Repertorio de Cerámica Feudal (2ª mitad del S. XIII). Orzas y tapadera.*

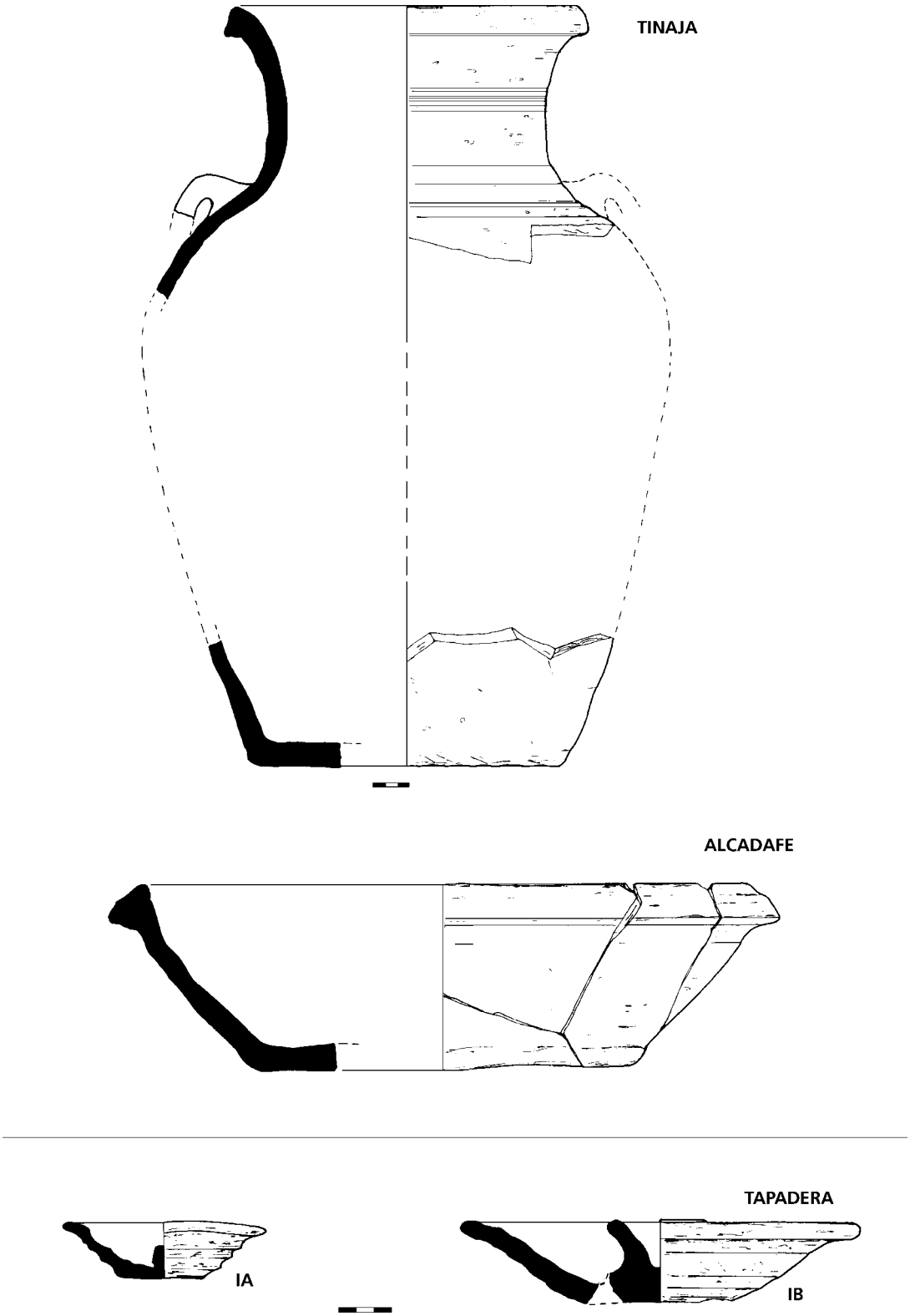

Figura 9. *Repertorio de Cerámica Feudal (2ª mitad del S. XIII). Tinaja, alcadafe y tapaderas.*

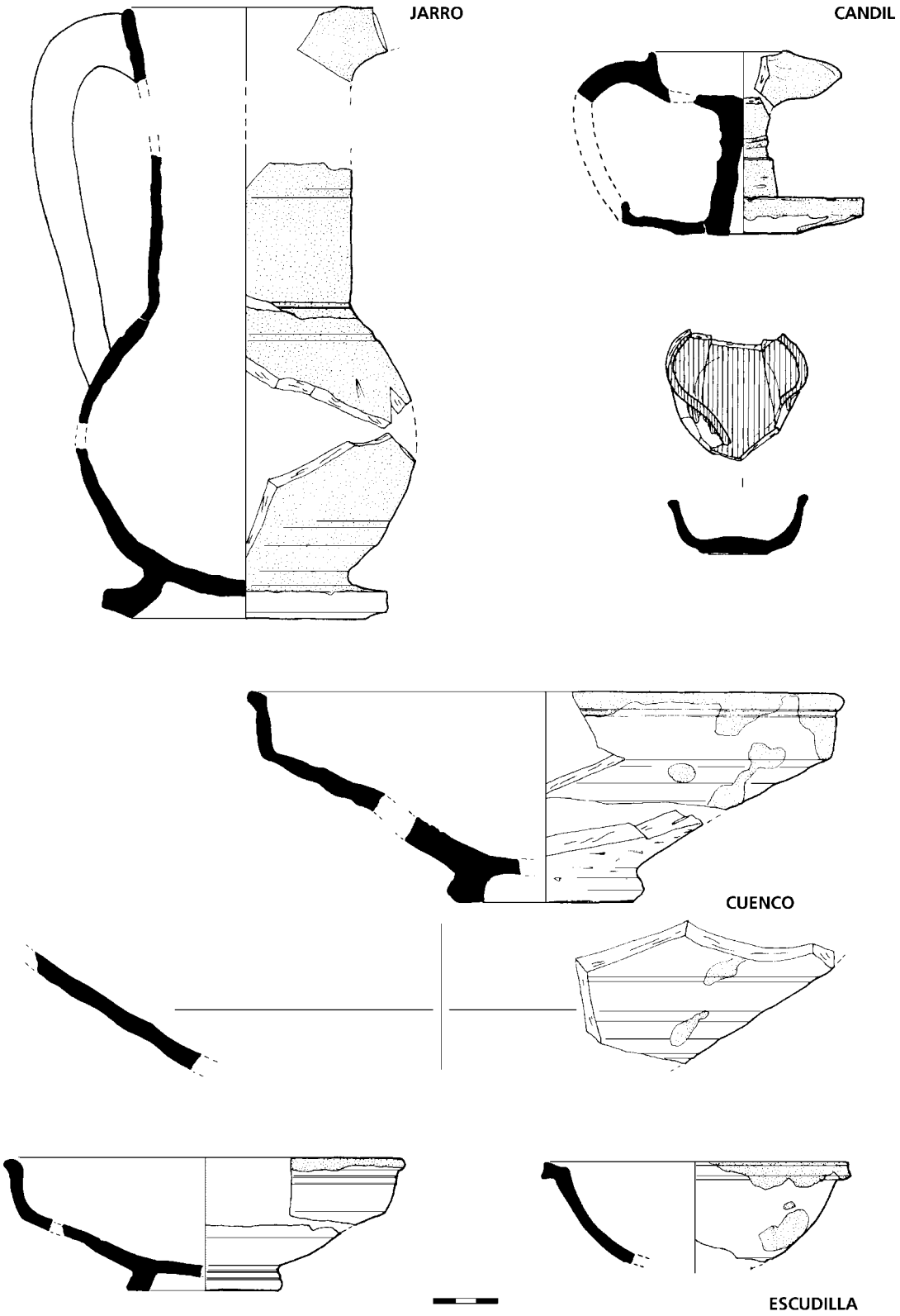

Figura 10. *Producción de Cerámica Gris Valenciana Feudal (2ª mitad del S. XIII).*